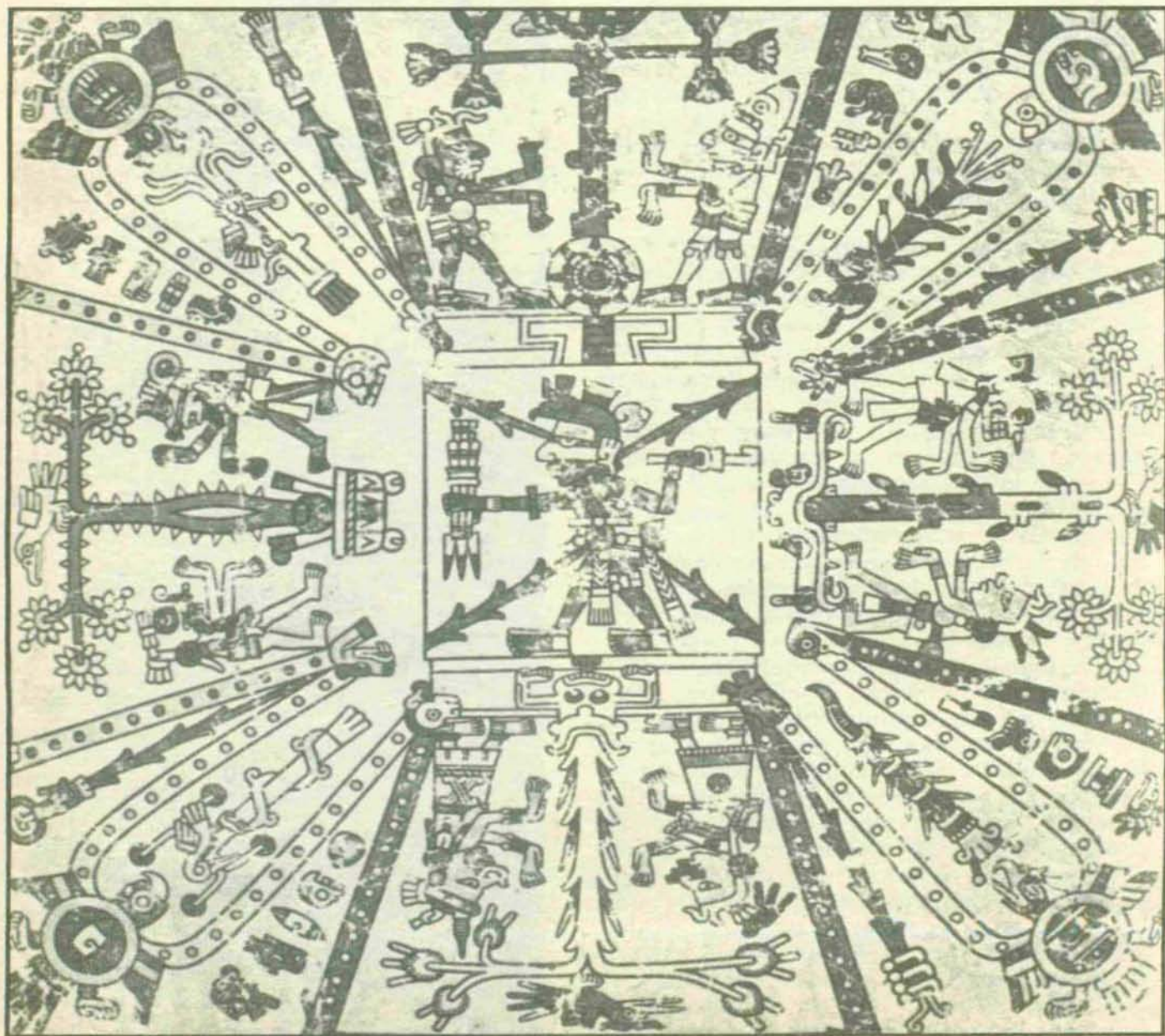


El futuro de la

SI es siempre arriesgado conjeturar o especular sobre la evolución intelectual en el futuro y sus posibles pautas (aunque la mente humana no se haya sustraído nunca a tal reto), el ejercicio resulta un tanto audaz al intentar interpretar cuál pueda ser el futuro de la historia, es decir, una actividad y de una disciplina antiquísimas sobre cuyo contenido y metodología se han desatado las más tenaces controversias.

Inevitablemente, casi todo ejercicio de prospectiva extrapola tendencias ya existentes o proyecta al futuro gérmenes de lo que parece

despuntar en el presente. Inevitablemente también, la dosificación de uno y otro elemento se apoya en una cierta visión del pasado (de la historia de la ciencia) y va teñida de un fuerte componente de subjetividad en aquellos casos en lo que se escudriña no son tanto fenómenos del mundo real como las construcciones intelectuales que emanen de una época todavía no materializada. Los párrafos que siguen han de considerarse, pues, como una mera reflexión personal sobre el presente de la historia en el que se dibujan ya las líneas, algunas líneas, de posible evolución futura.

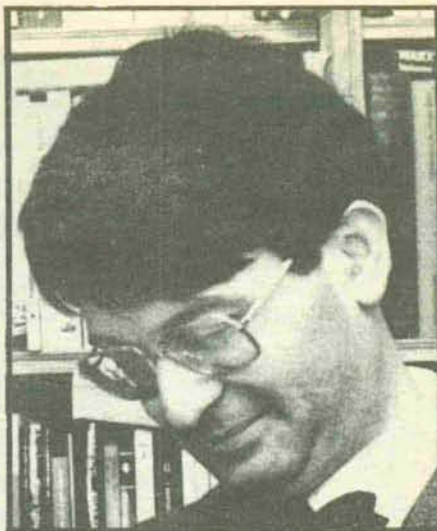


«Mapa» azteca de las cinco regiones del mundo.

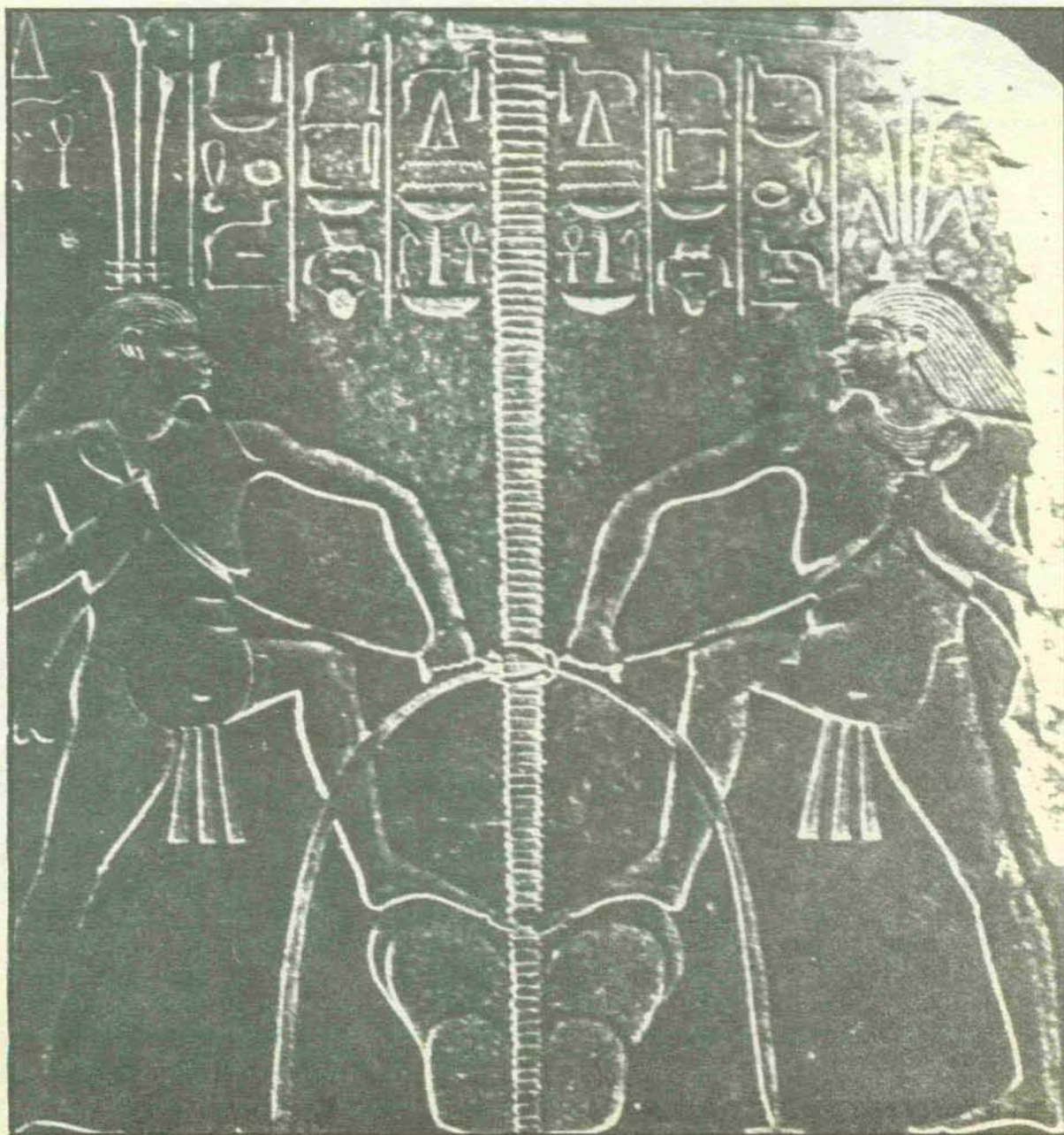
Historia

Sería sorprendente que en un terreno dominado desde siempre por la lucha ideológica y entreverado de conflictos estas reflexiones pudieran suscitar una aceptación generalizada. Pero, para bien o para mal, así es como yo diviso las perspectivas de futuro que arrancan, claro está, del pasado de la disciplina.

Como es notorio, la ciencia histórica moderna se desarrolló en paralelo a la ascensión y triunfo de la burguesía y del capitalismo, alcanzando su cénit en el siglo XIX y principios del XX en la cristalización de un enfoque, de un método y de un ámbito de contenido que tipifi-



Angel Viñas



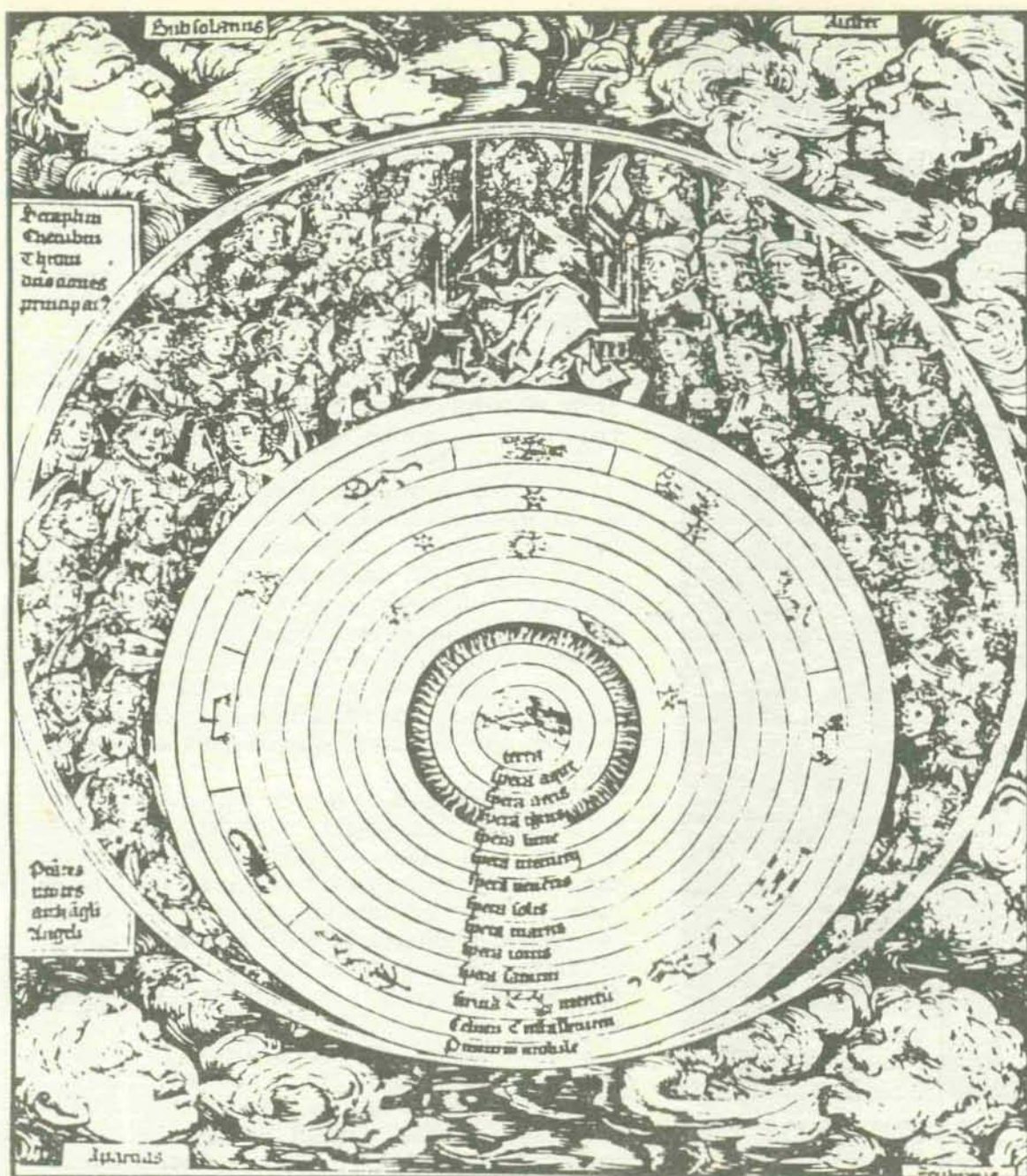
La unión del Alto y el Bajo Nilo, consumada por dos divinidades que atan sus emblemas de papiro y loto en torno a un motivo que simboliza la unidad de Egipto.



Relieve que representa a unos griegos luchando contra otros griegos, en el asedio a una ciudad griega del Asia Menor (Licia, hacia el 400 a. de J.C.).



Carnefo romano que representa al emperador Tiberio sentado junto a Roma, recibiendo la corona de vencedor de un ecúmene personificado, o sea, «del mundo habitado».



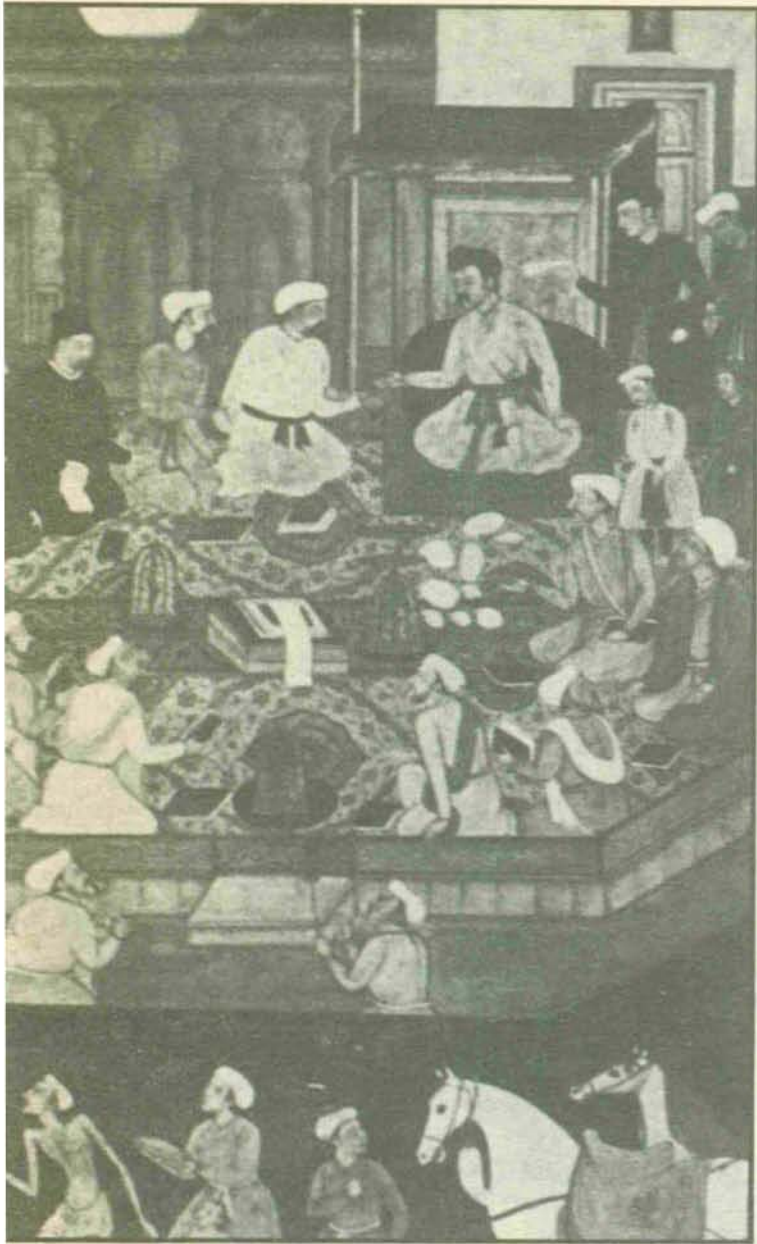
Representación del universo antes de Copérnico, muestra aquí como una serie de esferas que protegen a los habitantes celestes.

can lo que suele denominarse escuela clásica. En Ranke encontró su figura señera y en él y en sus seguidores ejemplos de aplicación de las técnicas de investigación histórica y exégesis documental, popularizadas por Langlois y Seignobos y que tan profundo impacto tuvieron sobre la historia como disciplina científica.

En la medida en que el triunfo de la escuela clásica —nunca exento de críticas— refleja las condiciones que enmarcaron el origen y desarrollo de la historia como ciencia no es de extrañar que el «modelo» subyacente llevara a concentrar la atención básicamente en la historia política e institucional (dejando un tanto al margen el más amplio ámbito de lo social en que se engastaban), en los hombres que las hacían y en la interacción de los Estados nacionales en proceso de constitución, consolidación o expansión. Es la época, en efecto, de las gran-



Leviatán, «Rey del Orgullo», grabado de la obra de Hobbes.



El emperador mogol Akbar el Grande toma parte en un debate entre adivinos musulmanes y misioneros jesuitas.



Aborígenes adorando como a una divinidad una columna erigida por un explorador. (Gragado francés del siglo XVI.)

des obras de historia nacional que se extienden a casi todos los países europeos y, en particular, de Alemania, Francia, Gran Bretaña e Italia.

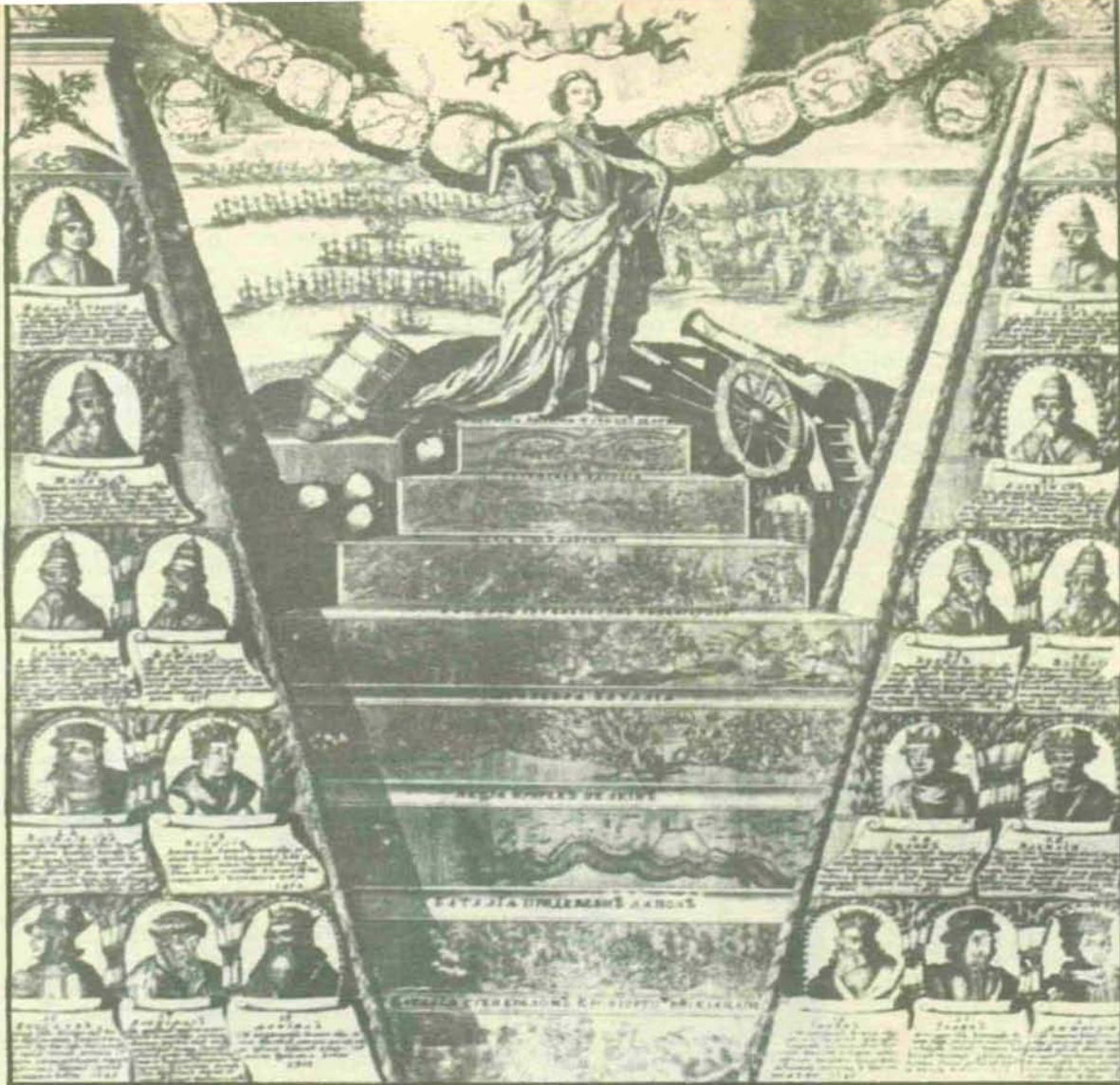
En buena medida la evolución de la historia como actividad científica puede interpretarse desde la perspectiva de la progresiva debelación de esta gran tradición decimonónica y que se produciría con mayor o menor rapidez en función del cambiante clima económico, político, intelectual y social de los distintos mundos culturales.

En esta debelación, que en algunos casos (Unión Soviética, por ejemplo) alcanzó la categoría de ruptura, no tardaron en someterse a crítica los supuestos epistemológicos de la escuela clásica: la indudabilidad de la objetividad en el conocimiento, la *Wertfreiheit* o ausencia de valoraciones axiológicas en la investigación, la creencia en la continuidad del desarrollo histórico. A la par, la evolución de las ciencias sociales (fundamentalmente la sociología, la politología y la antropología) llevó a los historiadores a tratar de acompasar la concepción y contenido de su actividad a los nuevos conocimientos que se descubrían en estos campos y a la imagen de la ciencia que de ellos se desprendía.

Llegó a ponerse en tela de juicio, sobre todo en el mundo anglosajón, el concepto mismo de historia como ciencia (*science*), ligado en él esencialmente a las físicas o ciencias de la naturaleza. Y no han faltado corrientes muy diversas (desde Popper a Lévi-Strauss) que han enfatizado que la historia sólo es válida para la época y la cultura dentro de las cuales se escribe.

Desde que Lamprecht, Breysig, Berr y Beard, entre muchos otros, iniciaron a principios del presente siglo sus fuertes ataques contra la escuela clásica hasta tiempos próximos a los actuales, la debelación de la tradición decimonónica ha ido poniendo de relieve las insuficiencias de una historia que se concentrase tan sólo en las acciones conscientes de los hombres y ha pasado a subrayar la importancia de los marcos (o estructuras) dentro de los cuales tiene lugar el comportamiento histórico. Ello abrió la puerta al análisis de procesos sociales anónimos y, por consiguiente, a la modelización y a la conceptualización.

Duró mucho tiempo el que la renovación historiográfica se produjera. En algunos países —caso típico, Alemania— el *establishment* académico estaba dominado por historiadores profundamente conservadores (hay que recordar que autores tales como George W. F. Hallgarten, Hajo Holborn, Eckart Kehr, Gustav Mayer, Arthur Rosenberg, Hans Rosenberg, Alfred Vagts y Veit Valentin, entre muchos otros, no habían conseguido ninguna cátedra cuando los nazis llegaron al poder). En otros,



Apotheosis de Pedro el Grande. El zar de Rusia aparece en el vértice de una pirámide compuesta por sus victorias militares y flanqueada por los retratos de sus antecesores.

el peso de la tradición (Inglaterra, por ejemplo) continuó privilegiando un tipo de historia escasamente abierto a la experimentación. La renovación fue impedida en buena medida en ciertos casos (España) y los países que hoy denominamos periféricos apenas si hicieron acto de presencia en los grandes centros desde los que se esparcía una enorme influencia cultural e intelectual.

Tras la segunda guerra mundial la investigación ha ido cerrando la brecha que se había abierto entre las ciencias sociales empíricas y la historiografía convencional. En este sentido no pueden ignorarse las aportaciones de Febvre y Bloch, precursores de la escuela de los *Annales*, aunque en principio su influencia quedase reducida a Francia, y que tan gran hincapié hicieron en que la historia tendería tanto más hacia la ciencia en la medida en que, en vez de describir, explicase.

Esta evolución, que ha sido moldeada de forma diferente según las distintas tradiciones nacionales y culturales, ha dado el traste con uno de los supuestos básicos de la historiografía convencional: la creencia de que el mundo histórico (reflejado en documentos) era algo accesible y objetivo y se abría de por sí al investigador. Como pusieron de relieve en el período de entreguerras Berr y Febvre el conoci-



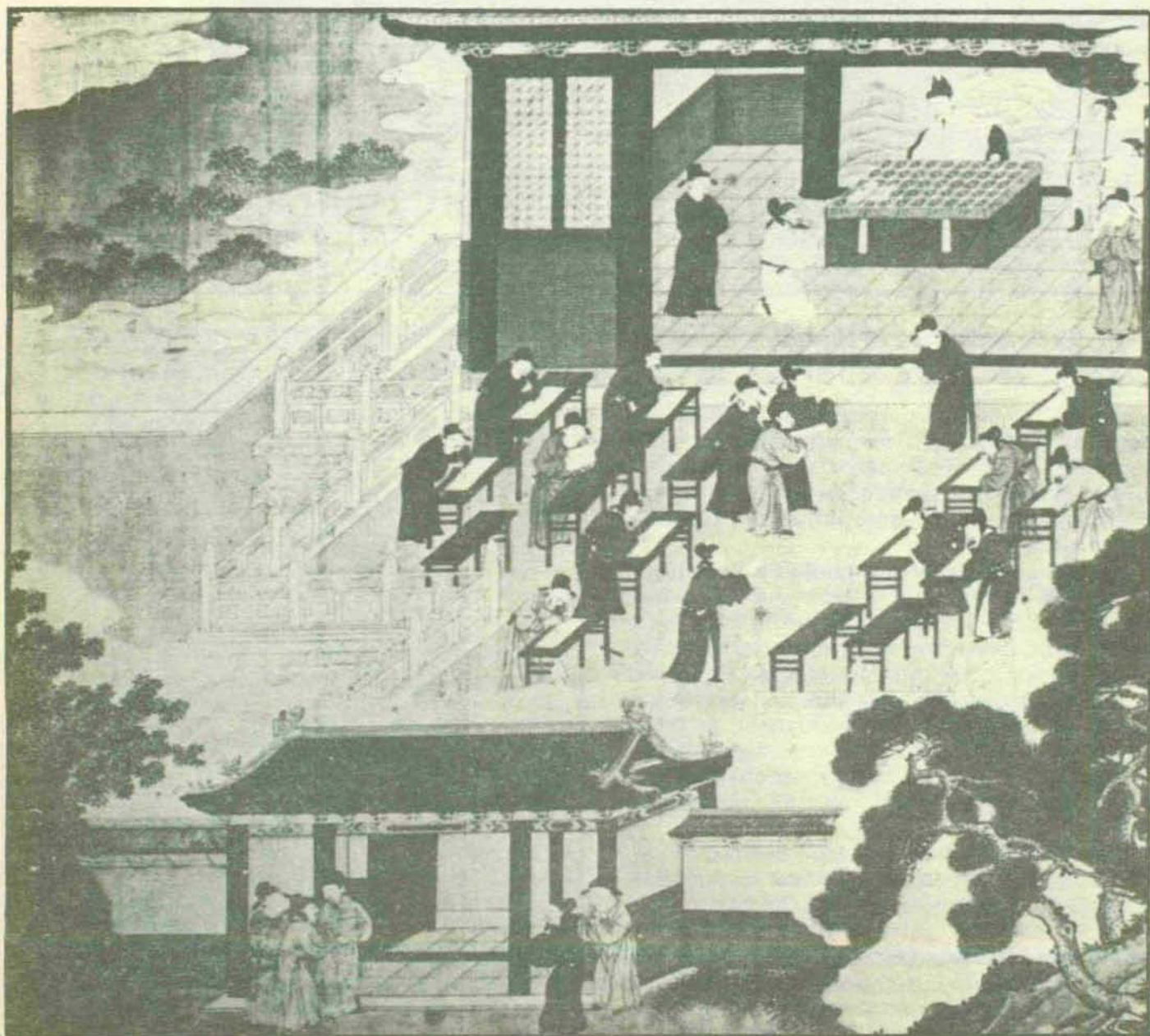
Grabado satírico de tiempos de la Revolución francesa: Las «clases inferiores» deben soportar el peso de la nobleza y el clero.

miento histórico depende *críticamente* de las preguntas que plantee el historiador. El interés en describir o narrar una cadena de acontecimientos debía ceder el paso a un enfoque que, asumiendo las generalizaciones de las ciencias sociales, hiciera posible, a través de un proceso de construcción y de destrucción de hipótesis, interpenetrar lo singular y lo general y subrayar lo que pertenece a esta última categoría en aquélla. La realidad histórica pasó a concebirse como un conjunto más o menos informe de datos caóticos en el que sólo la conceptualización de que se sirviera el historiador podía permitir descubrir la interdependencia de los fenómenos del pasado, sin cuya explicación profunda poco podría hacerse para comprender el presente.

Así, por ejemplo, Edward H. Carr definió la historia como un proceso de continua interacción entre el historiador y sus hechos, como un

diálogo sin fin entre el presente y el pasado que es, a la vez, un diálogo entre la sociedad de hoy y la de ayer.

Y, sin embargo, esta evolución no ha dado lugar a la aparición de un nuevo paradigma (en el sentido kuhniano) que haya sustituido a la tradición clásica. Sí han cristalizado actitudes, métodos y reglas en base a las cuales cabe caracterizar de científica la disciplina histórica: con independencia de cuales sean las diferencias que la separen de otras ciencias sociales o de la naturaleza, las aportaciones de una y otras se miden en base a procedimientos de investigación reconocidos intersubjetivamente, que no son fruto ni del azar ni de la intuición personal, aunque un vistazo a la historiografía comparada muestre la coexistencia de muy diversas perspectivas epistemológicas y la influencia de numerosos modelos teóricos, a veces contrapuestos.



Examen de ingreso en la administración china, supervisado por el Emperador. (Pintura china del siglo XVII.)

En la actualidad la pretensión científica de la moderna historiografía es incomparablemente más elevada que en épocas anteriores. La historia se ha hecho más abstracta pero se ha enriquecido: a la certidumbre aparente de la intencionalidad humana —fundamento de la metodología tradicional— se opone la información global que extrae el historiador al movilizar todo un conjunto de teorías e hipótesis derivadas de las ciencias sociales que le permiten indagar por debajo de la superficie de hechos, datos o acciones en cuanto que dispone de mucha más información sobre el perfil histórico del pasado y puede así tratar de dar respuestas contrastables a la eterna cuestión de *porqué* sucedió algo tal y como tuvo lugar. El historiador se enfrenta siempre a una multiplicidad de causas al explicar y reinterpretar el pasado: y no en vano se ha afirmado que su valía se reconoce por las causas que invoque.

En la raíz de todos esos cambios se encuentran, evidentemente, los condicionamientos de una sociedad globalizada y tecnologizada, que ha ampliado la perspectiva histórica desde los moldes constreñidos de una visión eurocéntrica o euroamericana, que registra la convulsión de las antiguas élites (que tan claramente impregnaron las aportaciones de la tradición historiográfica) y en la cual se refleja el despertar de la conciencia política y cultural de clases y pueblos hasta ahora desdeñados o marginados. Este conjunto de fenómenos ha contribuido de manera importante a sentar las bases para conjugar los enfoques singularistas y acontecimentales con el análisis sistemático de las estructuras y procesos dentro de los cuales discurre la historia.

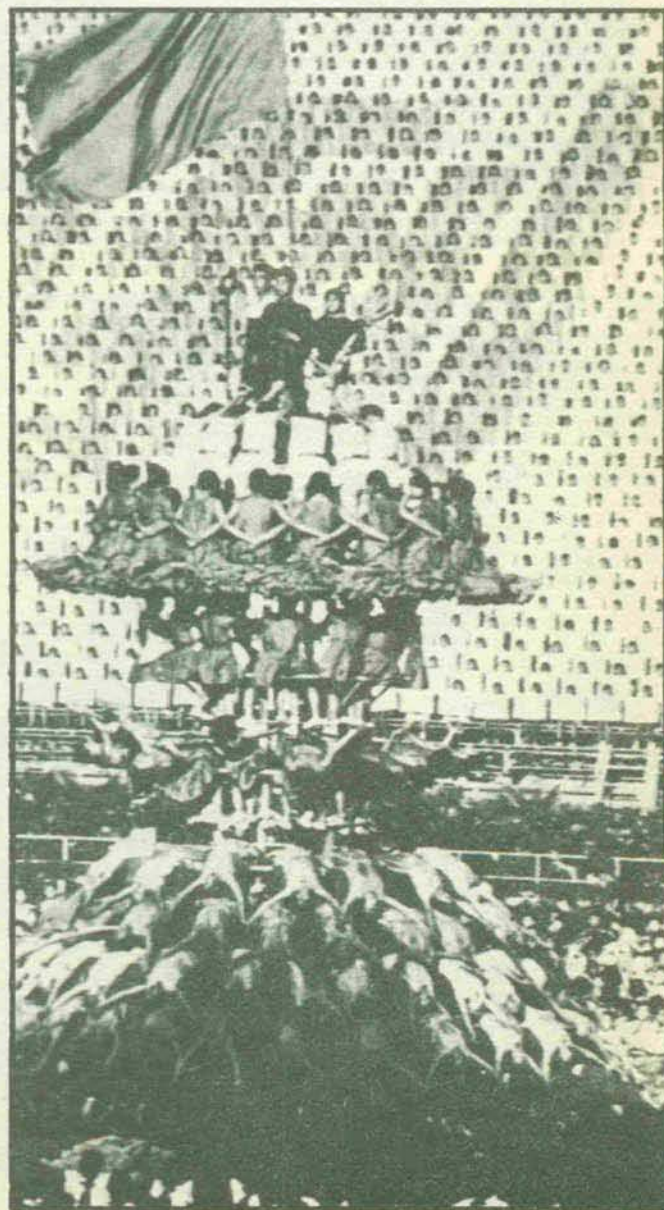
Jacques Le Goff y Pierre Nora han señalado cómo nos encaminamos hacia una nueva concepción de la disciplina, con perfiles cambiantes que distan mucho de conseguir una aprobación general, gracias a la confluencia de tres fenómenos: han aparecido nuevos problemas, han surgido novedosísimos enfoques y han emergido temas impensados antes en el campo de reflexión de los historiadores.

Crecientemente la historia ha ido convirtiéndose en el estudio de la dinámica de las sociedades humanas. Ello la ha hecho particularmente vulnerable a la penetración de las ciencias sociales y no son escasos, en consecuencia, los investigadores de ellas que se sirven de la misma como remedo de laboratorio para experimentar sus propias hipótesis. ¿No hay riesgos, acaso, en esta tendencia —se preguntan los mencionados autores franceses— que lleva la historia a ser algo diferente de sí misma, se trate de los finalismos marxistas, de las abstracciones postweberianas o de las intemporalidades estructuralistas?

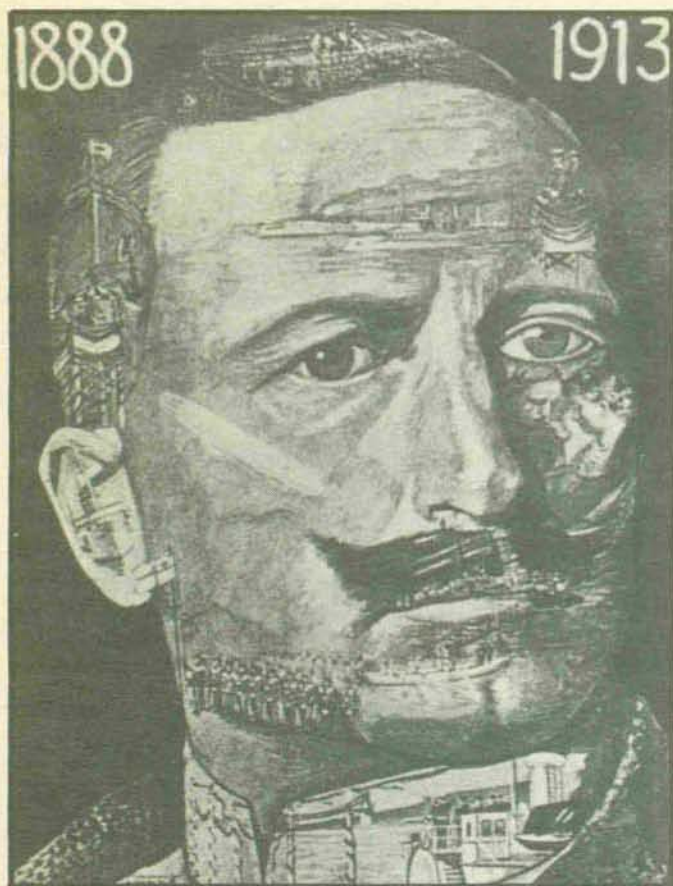
El deseo de sustituir la actuación humana por la personificación mecánica de fuerzas in-

conscientes y abstractas (tan típico de cierta historiografía marxista y que alcanzó cotas elevadas en los autores soviéticos durante el estalinismo) se aproxima también al límite en otros investigadores para quienes la historia ha dejado de ser el producto de la actividad del hombre y que la interpretan como una concatenación de transformaciones objetivas de las estructuras económicas y sociales. La caracterización de Althusser de la historia como «proceso sin sujeto» no sería sino la consecuencia lógica de tal tendencia.

Tales riesgos parecen más acusados en el análisis de nuevos problemas que hoy atraen la atención de muchos historiadores: los pueblos sin historia, la interacción entre el clima y la evolución de las sociedades humanas, los cambios demográficos y su influencia en las condiciones sociales y de producción, ciertas interpretaciones de la historia económica. Emma-



Acto deportivo en la China moderna.



Fotomontaje que representa al káiser Guillermo II de Alemania. En sobreimpresión, imágenes de nacionalismo militante.



Cartel revolucionario soviético (1919).

nuel Le Roy Ladurie ha proclamado, por ejemplo, que la historia «que no sea cuantitativa no puede pretender ser científica». Para cuantificarla se han ideado técnicas insospechadas hace una generación, se han planteado cuestiones radicalmente diferentes y se han combinado nuevos conocimientos sobre la interpenetración de las condiciones sociales y de los comportamientos humanos. La computerización de la investigación y la sofisticación de las técnicas metodológicas han sido concomitantes de esta evolución, concentrada en el largo período y displicente hacia el corto plazo aunque, como ha recordado oportunamente Rosalind Mitchison, todos vivimos dentro de este último contexto.

En definitiva, si está definida la tarea primordial del historiador como la de reconstruir y explicar un pasado en el que se engarzan dinámica de estructuras y cadenas de acciones humanas en un gran complejo interdependiente, hay una muy fuerte discrepancia en cuanto a métodos y presupuestos epistemológicos, de tal suerte que las posturas monistas van siendo rápidamente rebasadas.

Quizá, en consecuencia, no carezcan de mérito teorizantes como Hayden White para quien la historia deja de ser ciencia y adopta un carácter especulativo cuando formula explicaciones y teorías sobre las grandes interdependencias históricas.

Ahora bien, el campo de la historia no se ha dilatado tan sólo hacia atrás, hacia el pasado remoto. Para bien o para mal, también lo ha hecho hacia el pasado reciente, hacia la historia de nuestros días, hacia la historia del tiempo presente. Es decir, también se ha dilatado hacia adelante aunque las implicaciones de esta evolución no hayan sido asumidas por todos los historiadores.

Ello se explica porque tal evolución plantea un reto que, en la opinión de muchos autores, es uno de los más graves que nunca se hayan dirigido contra la historia convencional: la historia próxima no contemplará ya, creo, el pasado como un sistema de relaciones y acciones más o menos estructuradas o estructurables, sino también como una dimensión inescapable para contribuir a la configuración racional de nuestro futuro.

La historia del tiempo presente pone en tela de juicio la concepción de la historia como ciencia del pasado y significa romper una tradición centenaria. En la actualidad, una parte sustancial de la historiografía internacional contemporánea incide sobre los fundamentos inmediatos de nuestro tiempo histórico y sobre los procesos que, con raíces en un pasado ya no lejano, proyectan su influjo en el futuro: en consecuencia, la historia ha ido haciendo un lugar cada vez más significativo al análisis de los numerosos entramados, conflictivos y tensos,

que salpican y amenazan la existencia humana en nuestros días.

Entiendo, por ello, que la historia del futuro, por lo menos del inmediato, prestará mayor atención que hoy a la historia de nuestros días y habrá de diseñar, para reconstruirla e interpretarla, técnicas analíticas que permitan superar lo que encierra, sin duda, de obstáculo más importante: la distancia al objeto de investigación no viene dada a priori, sino que ha de establecerla el propio investigador. No es, en efecto, igual, desde el punto de vista metodológico, abordar la guerra de las dos rosas que la guerra de Vietnam. No discurren en paralelo los problemas que suscitan la expansión y apropiación coloniales y los que se plantean en el estudio de la descolonización, aunque unos y otros hayan de ensartarse en el «continuum» histórico.

La emergencia de la historia de la contemporaneidad (*Zeitgeschichte*) en el ámbito de la historia como disciplina científica ha puesto de relieve con absoluta claridad que el pasado no sólo es de interés para la comprensión profunda del presente sino que, por principio, sólo puede re-construirse y re-interpretarse en el horizonte temporal de ese presente y que, por lo tanto, no es posible disociar tal actividad intelectual de los medios, métodos, construcciones teóricas y teoremas básicos de interpretación que guían la actividad científica, sean de una u otra proveniencia.

Desde este punto de vista es difícil no pensar que el futuro de la disciplina continuará dominado en los años próximos por el tratamiento que hoy recibe el problema eterno de cómo escribir la historia.

El tratamiento convencional reduce la problemática epistemológica a una mera cuestión metodológica: lo que no está en los documentos y testimonios no está en el mundo. La penetración de construcciones teóricas es escasa. La forma preferida en la exposición es la narrativa. Esta forma de trabajar no sólo está sólidamente arraigada en la historiografía de tono popular sino también en la científica, aunque sus insuficiencias parezcan evidentes para muchos autores.

Un segundo tratamiento rechaza la concepción de la historia como algo objetivable frente al investigador y requiere que la reconstrucción y reinterpretación se hagan de acuerdo con las teorías y métodos científicos del presente. La puesta en práctica de tal recomendación permite desarrollar amplias controversias metodológicas, cuyos resultados están en la base de muchos de los avances registrados en las últimas décadas.

Un tercer tratamiento se caracteriza por la utilización de categorías que no se encuentran en el material documental o testimonial mismo, sino que surgen de una u otra teoría socio-



«Hombres en marcha», guache de R. W. Nevinson (1916). (Imperial War Museum, Londres.)

lógica de la actualidad y de la evolución social. Ello plantea los interrogantes propios a toda construcción objetivista.

Pero, en cualquier caso, la aplicación de teorías a la interpretación histórica encierra, como han puesto de relieve numerosos autores, dos aspectos fundamentales: es necesario esclarecer dichas teorías en la mayor medida posible, conectarlas con otras y enfrentarlas entre sí en base a sus resultados relativos. En segundo lugar, es imprescindible determinar con precisión la naturaleza y el objeto del ámbito histórico en que unas y otras teorías deban ser aplicadas.

La historia será usada una y otra vez como mecanismo de legitimación. Como ciencia ha de superar tal tentación. Sólo si es instrumento de conocimiento y plantea cuestiones radicales puede prestar una contribución importante a la configuración del futuro: tras haberse producido la debelación de la tradición clásica, habría que añadir que también a la de su propio futuro en tanto que ciencia. ■ A.V.



Clio, musa de la Historia, representada en un sarcófago romano.